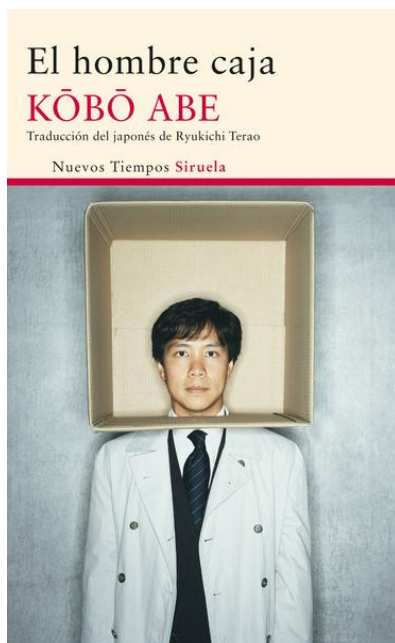


El hombre caja y otros asuntos

Kobo Abe

(Traducción: Ryukichi Terao / Revisión: Gregory Zambrano)



En el estudio

La ciudad apesta a herejía. Sus residentes añoran oportunidades de participación libre y sueñan con una certificación de ausencia eterna. Algunos de ellos optan por meterse en cajas de cartón. Con la caja puesta encima, de inmediato uno deja de ser hombre para convertirse en nadie. Pero ser nadie es al mismo tiempo ser todos. Al obtener la certificación de ausencia, pierde a cambio la certificación de presencia. Se trata de un sueño anónimo. ¿Hasta dónde la gente sería capaz de soportar semejante sueño?

Mis días manchurianos

Estuve hasta los 17 años en Manchuria, pero no creo que sus paisajes o mis experiencias vitales se hayan convertido en el trasfondo de mis creaciones literarias. Siempre me ha importado más la imaginación que las experiencias. A menos que sobreviva en mi interior en forma de imagen, ninguna experiencia me sirve de estímulo para emprender una obra.

Sospecho que la imagen del desierto, predominante en algunas de mis novelas, se origina en la diferencia que existía entre la realidad manchuriana donde vivía y los textos didácticos editados por el gobierno japonés. A pesar de que aprendíamos en las clases que hay una naturaleza rica en nuestro país con cerezos florecidos en primavera, el mundo a nuestro alrededor era un terreno baldío que se extendía sin variación hasta donde alcanzaba la vista: todo plano, sin montañas reverdecidas ni cerezos en flor. Creo que, mientras la tierra con sus montañas y ríos se coagulaba como ilusión en mi mente, iba tomando conciencia clara de lo que era la realidad monótona.

Aunque no doy mucha importancia a mis propias experiencias, admito que me acostumbé a través de mis días manchurianos a relativizar la realidad circundante. Por otro lado, los estudios fortuitos de medicina me inculcaron el punto de vista materialista, que jamás me permitiría apreciar el lado misterioso del ser humano. Gracias al hábito de relativización, nunca he creído en algo sin fundamento empírico ni caigo en un dogmatismo ciego, lección que quizá sea uno de los sustentos de mi literatura.

Rilke, Poe, Kafka

No obstante la influencia de Rilke que señalan con frecuencia en mis primeras obras, su figura sólo estuvo arraigada en mi mente durante los años de la Guerra. Poeta altamente lírico, que de cuando en cuando se sumerge casi con impudicia en su propio lirismo, Rilke no tardó en repugnarme por su sentimentalismo excesivo. Aun así, pude rescatar su extraño empeño en lo “material” con el cual no dejaba de buscar la mediación de los objetos para concretar sus variadas ideas y nociones. Esta postura me sirvió de antítesis para protegerme de las mentalidades predominantes durante la época de la Guerra. Creo que anhelaba encontrar a mi manera una salida de aquellos días lúgubres, concentrándome en el “ser” y lo “material”, únicos sustentos que estaban a mi alcance.

En el momento de escribir novelas y cuentos, siempre me inclinaba hacia Poe. Recuerdo que, durante los años de la secundaria, contaba argumentos de varias obras literarias a mis compañeros de clase y, cuando se me agotaron, empecé a inventar historias. En todo caso mi escritor número uno siempre fue Poe. Quizá me sentía afín a su temperamento en la medida en que Poe inventaba historias disparatadas con una lógica inquebrantable. Muchos me comparan con Kafka, pero en realidad lo empecé a leer cuando yo era ya escritor. Desde luego es un autor que me encanta.

Sobre lo urbano

Desde *El rostro ajeno* y *El mapa calcinado* hasta mi última novela, *El hombre caja*, muchas obras mías están ambientadas en la ciudad, no porque la realidad urbana me sugiera la imaginación, sino porque la clase de gente que me interesa, al ser analizada desde el interior, termina siendo cierto tipo de residente urbano. La escritura de una novela equivale a adentrarse en alguien: cuando logro ubicar alguna persona cuyo destino parece resumir la problemática de la humanidad, trato de vivir su vida desde el interior y exploro el mundo desde sus ojos; lo que resulta de las exploraciones es la misma urbe moderna recreada.

Lo que odio a muerte es la gente que rechaza lo urbano o saca provecho de los comentarios negativos sobre la ciudad. Quienes niegan la urbe poseen en general un refugio propio y se sienten seguros en la estructura tradicional de las comunidades agrícolas. La ciudad, al contrario de lo que cree la gente que la considera como la raíz de los males, era en su origen un espacio que nos aseguraba la libre participación en las actividades. Uno tiene mucha mayor posibilidad de conocer gente en la gran ciudad que en la provincia. Los encuentros humanos son productivos; la variedad de encuentros aumenta la potencia de los seres humanos.

La era de cuestionar la última pertenencia

Las comunidades agrícolas nos imponen una pertenencia innata y obligatoria, cuyo lazo se ha ido aflojando gradualmente a través de la historia humana. Ahora nos queda la última pertenencia indestructible, que es la nación con sus leyes y moralidades, vigentes sólo dentro de su marco limitado. Creo que ha llegado el momento de cuestionar esta última pertenencia. Al librarse de todas las pertenencias, el ser humano no tendría más remedio que pertenecerse única y exclusivamente a sí mismo; este planteamiento, que para mí siempre ha sido un motivo para escribir, se ha examinado de manera exhaustiva en mi novela recién publicada, *El hombre caja*.

El año pasado, por ejemplo, al enfrentarse al caso de Tel Aviv, el gobierno japonés lo lamentó públicamente y decidió pagar la indemnización, a pesar de que no tenía por qué responsabilizarse de lo que habían hecho los terroristas negados a pertenecer a la nación¹; es decir, el gobierno manifestó la legalidad,

¹Se refiere al caso de tres jóvenes japoneses pertenecientes al Ejército Rojo Japonés (JRA por sus siglas en inglés), que participaron en el ataque al aeropuerto de Lod, Tel Aviv, en mayo de 1972. Para solicitar la

tanto interna como externa, de forzar la pertenencia al pueblo japonés, independientemente de lo que creía cada uno de los individuos. La búsqueda masiva y fervorosa en la isla de Lubang² es otra prueba de la misma voluntad con que el gobierno nos obliga a permanecer dentro de la nación.

El gobierno no se cansa de reiterar que es pernicioso no pertenecer, a tal grado que el pueblo que lo escucha día y noche se siente inseguro ante la sola idea de perder lo que ya posee. Sin embargo, estamos atravesando una era en que debemos preguntarnos qué sucedería si nos negáramos a la postrera pertenencia. Cabe destacar que no hay ninguna legalidad que no se haya desmoronado tarde o temprano.

(1973)

extradición del único sobreviviente de este ataque, el gobierno nipón había pagado una indemnización al gobierno de Israel. (N.T.)

²Aquellos soldados japoneses que no se rindieron tras el final de la Segunda Guerra Mundial son llamados “los rezagados”. A pesar de haber recibido diversas notificaciones sobre el fin de las hostilidades y la rendición incondicional de Japón, continuaron en la isla filipina de Lubang, prestos al combate creyendo que los mensajes eran una estrategia de los enemigos o se negaron a regresar por la deshonra de no haber defendido fielmente la causa del emperador. El último de los rezagados se entregó en diciembre de 1974. (N.T.)